



EMMA ROIG

Con la crisis, hasta las clases privilegiadas adoptan costumbres de clase media. Solo hay algo que rechazan: el divorcio. Mejor compartir castillo civilizadamente con los amantes que quedarse en la calle...

Vicios de Clase Media

Hay costumbres de clase media que las clases privilegiadas tratan de ocultar para no destrozar su exquisita imagen pública.

Aunque a veces es imposible evitarlo. ¡Entrar en una casa grandiosa y tener que quitarse los zapatos! Entiendo el terror a los gérmenes y bacterias, pero no es muy elegante precisamente. Casi tan ofensivo como no ofrecer vino tinto a los invitados para que no ensucien la alfombra Aubusson... ¡Con el carácter que dan los rodales oxidados por siglos de fiestas y decadencia! Es cierto que la reina de Inglaterra siempre se pone guantes para no llevarse a Buckingham Palace muestras biológicas de aquellos a quienes estrecha la mano, pero obligar a descascararse a tus invitados sin saber quién tiene la pedicura en regla o calcetines con agujeros, es romper la magia de la cálida bienvenida en el hall y llevar las cosas demasiado lejos. Claro, la crisis es la crisis.

Algunos aristócratas británicos están mandando al mayordomo al supermercado con los cupones de descuento que dan en los periódicos. Nada como un poco de ahorro con lo imposible que se está po-

niendo mantener el ritmo de vida cuando uno tiene que pagar las reparaciones de las cañerías del castillo.

Mucho antes del azote económico y de que la princesa de clase media Kate Middleton cautivara a los británicos con sus zapatos de charol y su melena a lo Miss Venezuela, un falso mayordomo fotografió la bandeja de desayuno de la reina de Inglaterra y su pueblo descubrió cómo la propietaria de una de las colecciones de cubertería y vajilla de plata más importantes del mundo guarda sus cereales en *tupperware*.

Pero si hay una costumbre de clase media que la alta aristocracia se resiste a adoptar es el divorcio. Recientemente la duquesa Rutland mandó al duque a una habitación en el torreón de su palacio y, tras 20 años de matrimonio y cinco hijos, ha anunciado públicamente que ambos van a vivir con sus amantes respectivos, pero compartiendo el castillo. Solo hay un problema, explica la aristócrata, "mi ropa sigue estando en el torreón. Así que para no interrumpir a David en una situación delicada le grito desde la escalera: 'Soy yo, querido. Necesito el traje para Ascot'". Encantador. Hasta la infidelidad más obvia puede ser una excusa para ser altamente civilizado. Pero solo en Gran Bretaña. □